

Un intelecto poético a prueba de oximorones

Pura López Colomé



Uno cree poder clavar un alfiler definitorio en cualquier parte de la obra de Ida Vitale por su incuestionable claridad expresiva que, desde luego, tiene honda raíz en una lengua y un lenguaje de un virtuosismo cada vez más raro (de donde se deduce que un uso purista del español, hoy día, resulta toda una ¡extravagancia!). Sin embargo, esa claridad posee una calidad escurridiza, multifacética a la hora de la hora. A cada frase suya, me veo puesta a prueba, pasada al pizarrón, colocada en la cabina del premio de los sesenta y cuatro mil millones de palabras y sus significados y sus matices y sus innumerables vericuetos. De pronto, cuando siento haber llegado a la otra orilla porque alguna idea, alguna frase, confirmó lo que yo había pensado de antemano —como quien al leer música se va adelantando a las frases—; cuando creo no hallarme ante un cabal sino sólo aparente hermetismo; cuando estoy, pues, a punto de concluir ¡agua - cate! al escuchar por dentro “agua pasa por

mi casa, cate de mi corazón”, un giro lingüístico me arroja a una encrucijada más, a las pistas de una muy otra adivinanza. El nombre del personaje principal de esta noveleta, *El ABC de Byobu*, fue el primer acertijo. Después de varias mezclas alquímico-idiomáticas, me di por vencida. Con algo de vergüenza confieso haber recurrido a *Google* que, para mi creciente azoro, respondió en japonés. Esa característica tan de Ida Vitale de picarle a uno la curiosidad y mandarlo a otro mundo me llevó a preguntarle por el significado de semejantes ideogramas al único japonés que conozco de cerca y habla español, persona con suficiente sentido del humor para haberse adaptado a lo mexicano, y aceptar que sus colegas no lo llamen por su nombre, Takuya, sino que lo hayan bautizado como *Tlacoyo*. Él resolvió el enigma colocándome frente al *biombo* implícito en *Byobu* que, no obstante, deja ver a quien está detrás sin exponerlo del todo, sin ponerlo al desnudo, sugiriendo,

insinuando a una persona o personaje que más que esconderse, juega a las escondidillas. Quien viste y calza, genio y figura, Ida Vitale, encarnación de una palabra cuyo significado me extraña no le haya servido de conjuro: *conundnum*: acertijo basado en una extravagante o fantástica semejanza entre cosas bastante distintas y que forma una enigmática pregunta cuya respuesta es o implica una broma, un suelo hecho a base de conjeturas.

EL AZAR COMO PROCEDIMIENTO

El pensamiento de Ida Vitale avanza axiomáticamente, filosóficamente, científicamente. Byobu es un personaje interior, un intelecto con patas, por así decirlo, cuyas características se nos van presentando como piezas de rompecabezas. Observa a la realidad y a sí mismo con un microscopio. Toma nota cuidadosa de los detalles. Sin embargo, al sacar conclusiones, surge su lado inventivo —a fin de cuentas, quien lleva las riendas— y se deja llevar por fuerzas a veces ajenas a la deducción lógica. Procede entonces por asociación, por encadenamiento, porque en el fondo sabe (y creo que esto constituye un subyacente artículo de fe) que no hay nada gratuito, que el azar mismo tiene un sentido. Ella lo había abordado ya en un libro anterior, *Léxico de afinidades*, bajo el rubro “casualidad”, donde define el funcionamiento de esa especie de piloto automático que usamos todos los que amamos la lectura y la escritura con la misma intensidad: el momento de abandono al sinnúmero de hilos colgados alrededor de nuestra mesa, en los libros que nos acompañan, y que siempre están ahí para confirmar lo que vamos



Ida Vitale firmando ejemplares de *EL ABC DE BYOBU*, México, 2004



comprobando como bellas o miserables verdades. Ida, de liana en liana, de un escritor a otro, llega a una de las grandes revelaciones: “Todo escritor es el producto de una serie de azares”. Si éstos no conllevaran un destino, no habría escritor. Tampoco vida. Así pues, su manera, su estilo, confiado en lo anterior, divaga, anda sin (aparente) rumbo fijo, se desvía de su “asunto”, vuelve a él y, casi merced a este vaivén, logra una peculiarísima aparición en escena:

Byobu se arroga el derecho a la distracción ante aquellas cosas en las que podría estar pensando [...] se abre a los temas importantes y se enzarza en un discutidero que al concluir le habrá deparado más problemas, que duda cabe.

De aquí, el personaje salta al vacío, pero grita “lejos del nido del terutero acorrallado”. Son siempre las aves quienes llegan volando o cantando con los significados ocul-

tos de la autora, quien pese a su dominio prosístico, nunca se aleja de la metáfora. Uno imagina qué implica ese *terutera*, mas no satisfecho se ve obligado a comprobar que en el diccionario espera... un espejo ustorio (vocabulario, éste, tan propio de la autora): ave zancuda que vuela en bandadas y alborota mucho con sus chillidos estridentes al levantar el vuelo. Estamos ya prestando oído a los alaridos y al batir de alas de las ideas enzarzadas. Y en ello, la materia gris de Byobu, guiñándonos el ojo.

También podría llamarse arte de la digresión a su proceder, desviación en el hilo del discurso para hablar de cosas carentes de un íntimo enlace con lo principal. Pero todo es reflejo, claro que hay relación con lo esencial, en este tejido siempre se regresa a las agujas estambreras, uno mismo reinicia y ve cómo ha caído en la vitálica trampa de sentidos bifurcados, disyuntivas propias de lo que sí es clave: el juego oscilatorio de atención y distracción. He aquí

una breve instancia de la definición de lo social, su fugacidad escondida en aparente complicación y la válvula ingeniosa por donde se escurre Byobu:

...a veces allí se discute; entonces sazona problemas, asimila los que proponen otros. Muchas veces los problemas les pertenecen en propiedad a éstos, que lo autorizan a participar de lo molesto que contienen: dudas luxantes entre dos opciones no compatibles. Hay que verlo hilvanar el vacío, capa a capa [...], envuelto en sus propios problemas, tendidos para protegerse de su o de sus interlocutores y sus temas que, en puridad de verdad (diría un español) a él le valen madre (diría un mexicano) o familias enteras.

Todo lo que este método literario aleatorio pretende esclarecer es, sin lugar a dudas, que todo es una duda, una permanente interrogación disfrazada de certidumbre expositiva. Byobu encarna al inasible discurso interno cuyas piernas y alas son las de una tercera persona en busca de la verdad labrada en palabras por la primera persona que lleva dentro: B(yo) bu. Ida Vitale, a estas alturas de su muy prolífica obra, resulta una especie de *alter ego* del poeta polaco Zbigniew Herbert, creador de un Cogito que, además de las semejanzas que presenta con Byobu, en sus meditaciones en torno al dolor recomienda crear, de ser posible, una cosa o una persona “a partir de la sustancia del sufrimiento” para “jugar con ella, desde luego, jugar”. Justo lo que tenemos enfrente: el jugueteo desentrañamiento de un alma sensible.

¿MAGIA DEL OÍDO U OÍDO DE LA MAGIA?

Habría que ver lo que coligen lectores de otros ámbitos. Quienes estamos sumergidos en la literatura, supongo que coincidiremos en que al leer liberamos una voz, y al escribir hablamos con ella. Cuando un autor es congruente —*rara avis*— uno puede hallar en algún recoveco de su obra explicaciones u ecos de otros espacios de la misma. En la parte ensayística de un poeta, uno se topa con su poesía y viceversa. Este tipo de escritor no teme exponerse; trans-

parenta sus influencias, lo asimilado, lo capitalizado, sus fuentes de inspiración. Al explicarse, Ida ha dicho que “apenas quiere ser sonido”. Aspira a la música dentro de lo que escribe. Baste ver, si no, el ritmo de sus frases, la entonación de sus párrafos, la melodía y capacidad asociativa y evocadora del léxico por ella elegido, que tiene todo que ver con el sentido de lo que articula (pone los puntos sobre las *ies* y sobre las *sillas*); en bre ve, un gusto musical por la palabra que coincide con los autores a quienes admira y cita con frecuencia, y que se van entretejiendo con plástica y literatura hasta vol verse notas. Hablando de acentos, afirma Byobu:

Sobre muchas cosas y seres le gustaría distribuirlos: sobre pavos reales en una rama, sobre las versátiles nubes o la música de Couperin y Bach, un día, la de Schütz, la de Schubert o la de Zelenka otro, sobre las constelaciones de insolente inteligencia hilarante de Manganelli, el impoluto armiño de Emily, por tanto tiempo encerrada en un cofre en medio de la pacatería norteamericana o el sensual, autoflagelado desamparo del entrañable López Velarde; sobre las vidriadas filosas palabras de Virginia; en una etimología, cuando entra en ella como en un microclima; en cierto retrato de Holbein o del Bronzino; en cualquier Klee, en cualquier Morandi. Siempre, en todos los casos, como quien se apoyó en una materia pegadiza de la que no podrá desprenderse.

Música de lo que pasa, ha llamado a todo esto cierto poeta irlandés. Según el vitálico modo, hasta los colores y sus mezclas, los juegos de luz y sombra, entran por el oído:

De cerca aparecen las verdes pendientes, que nacen de la bahía sin arrecifes, y al subir, en ésta, las vetas de azules salvos, que proponen y niegan inquisiciones. Ve su gualdrapa de árboles al sol de esa tarde. Asomarse ahora a tan ileso simulacro sería renacer, sentirlo más alto, con más follaje y más Patinir abajo...

Uno logra ver por dentro, se diría, porque escucha por fuera.

Todas las lenguas le sugieren relaciones, pero por sobre todas, la suya. Porque a

partir de, en virtud de, por gracia de, merced a ella irá a las demás y volverá en su perpetua exploración del sentido y del significado. Enamorada de los nombres, recurre a ellos ante cualquier duda, para aclarar o para oscurecer, según el caso. Lo que yo llamaría pies en la tierra de sus contenidos, su nostalgia, una cierta (feliz) melancolía, su desacato, sus ambivalencias, su fascinación por la soledad del paraíso, se da no por las situaciones, los instantes apesados, sino por la lengua elegida (¿lengua absuelta?), entre apócopies y epéntesis, por supresión o por añadidura, en franco desafío a los oximorones, las crueles bondades, los ocios laboriosos, los dolores dulces, la tristeza alegre, de todo lo cual el capítulo titulado “El habitante” es suma perfecta: una casa, una biblioteca, un espacio interior, lo único en verdad insustituible se derruye imaginariamente, en un viaje redondo y sin fin del sueño a la vigilia, ambas geografías *reales*; y el dolor que implica, “antorcha jubilosamente viva”, deriva en la dul-

zura de la “ultratumba de las cosas queridas”. La palabra salva a la palabra, porque en ella está la memoria.

Memoria de lo que sí y de lo que no, el poeta realiza la labor del custodio, detentador del poder convocatorio, de conjuro, de sortilegio. Siguiendo su procedimiento “azaroso”, Byobu se topa con una voz japonesa, *yamabushi*, que lo hace caer en la cuenta, acaso, de uno de los más sublimes oximorones, el conocimiento ignorante. Paradoja que lo lleva, creo yo que por su poder fónico, a celebrar sus propias tinieblas respecto de otra lengua, y su visión del mundo absoluta gracias a la propia, esa que se nos concede como “ábrete sésamo” y a veces despreciamos por considerar menos esto o menos lo otro. Byobu experimenta vicariamente, en un texto acerca de una esgrima con la muerte, el espanto exquisito, una totalidad implícita en la articulación, la emisión de un aliento (palabra) desde la tumba. Al llamar por su nombre a lo que le es propio salva, alivia, pone en práctica *su* magia:



© Roberto Ríos



De esta página, también ella oculta en el centro de un libro ignorado, le llega a Byobu un vértigo seco, una asfixia que condensa el malestar de todas estas noches. Todas estas noches en que el libro esperaba en su mesa —ahora no se atreve a llamarla mesa de luz— para oprimirlo con el vertiginoso horror [...] E imagina la atmósfera invadida por esos espíritus [...] Por una vez le alegra ignorar la lengua misteriosa...

Es una página la que puede comunicar equis cosa; pero el *nomen* o su omisión abrirán el espectro y su *luz*. Lo cual va más allá de la coherencia con que el personaje se deshace de ese libro.

ETERNAS GLOSAS

En un erudito y amenísimo ensayo en torno al recorrido histórico de glosas y glosadores del siglo XVI a la fecha, Ana Castaño va preguntándose, con lujo de detalles, hasta qué punto quienes hacían comentarios al margen eran “lenguas del texto” o malas lenguas. Al tiempo de lograr su principal objetivo, es decir, reivindicar la labor exhaustiva de los escribas que, lejos de deformar el contenido en cuestión, le agregaban resplandor (ese otro significado de *glosa*), cala muy hondo en la actividad misma de todo devoto de la letra, que no hace sino glosar y citar, citar y glosar. El Cogito

de Zbigniew Herbert toma la expresión popular que afirma que “los pensamientos cruzan la mente” para añadir en su glosa poética que, al mostrar aquiescencia, se sobreestima el movimiento del pensamiento, capaz únicamente de volar en círculo “bajo el nublado cielo raso del cráneo”. El Byobu de Ida Vitale reúne lo que llama, también según sabiduría popular distribuida en autobuses urbanos, un cierto número de “pensamientos propios”, que no eran más que de todo el mundo. Glosando lo de otros en lo de uno se va la vida, por escrito u oralmente; todos somos Shakespeare y vivimos nuestros infiernitos dantescos. Al respecto, concluye :

A él le constan las frecuentes desazones que padece por encontrar palabras que él tenía por cultivadas y recogidas en huerto propio, ya escritas, aproximadamente o mejor, en lo ajeno.

¿Qué hace Ida Vitale al acuñar el aforismo: no hagas mal que por bien no venga? ¿Qué, sino glosar, al ofrecernos, gracias a su originalísimo sentido del humor, el espejo grotesco inmerso en los lugares comunes de toda existencia, haciéndolos pasar por el cedazo de una abstracción literaria y, sobre todo, poética? Al contacto con Byobu, resulta ya irresistible poner en práctica su modo de aplicar la lupa a cualquier acontecimiento digno (o no) de recordarse, a cualquier ser de la creación, cualquier *sapo-cum-uno* mismo, que no desea convertirse en príncipe o princesa, sino recibir alguna muestra de calor afectivo. El ABC de Ida no restringe la potencia significativa de la palabra; su retrato multidimensional nos hace caer en la cuenta que, en honor a la verdad, a la literalidad, no existen los malentendidos. Sólo los biombos. Y, tras ellos, paraísos como el de Andrew Marvell: “Two paradises t’were in one / To live in paradise alone” (Dos paraísos en uno solo / Vivir en el paraíso solo). **U**

Ida Vitale, EL ABC DE BYOBU, Taller Ditoria, México, 2004.